

# Perlas *de la* Madre de la Eucaristía

“MOVIMENTO IMPEGNO E TESTIMONIANZA MADRE DELL’EUCARISTIA” - AÑO XXV - N. 170

## *Fiesta del Sacerdocio*



*Nueve de marzo de 1963, estoy postrado a los pies del altar, emocionado y conmovido y mientras los demás cantan las letanías de los santos, yo estoy dialogando contigo, Dios mío. No sabía que en aquel momento la Madre de la Eucaristía estaba a mi lado, y rezaba por mí junto a Marisa. Aquel día Me dijiste: “Tú eres sacerdote in eterno según el rito de Melquisedek”, y a Marisa: “Tu vocación no es un sacramento, pero sostiene el sacramento”. En los años siguientes nos hiciste comprender que, para tener eficacia en la acción pastoral, el sacerdote necesita tener al lado a una víctima. Durante estos 45 años el sacerdote y la víctima unieron sus sufrimientos y su amor, puro, casto, sincero. Nos has dado muchos dones y ahora, después de 45 años, te presentamos los frutos de nuestro trabajo encerrados en un solo y gran cofre de oro tachonado de piedras preciosas.*

*El oro representa el amor que nos has enseñado a vivir y a practicar, las piedras preciosas representan los sufrimientos que, bajo diversos nombres, nos has dado como don. Estos sufrimientos en Tus planes han sido necesarios para que triunfe la Eucaristía, la Madre de la Eucaristía y para que renazca la Iglesia.*

*(De la oración de S. e. Mons. Claudio Gatti del 9 marzo 2008)*

## En este número...

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 29 marzo 2009*

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 1º abril 2009*

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 17 abril 2009*

*Homilía de S.E. Mons. Claudio Gatti del 21 junio 2009*



# Homilía del 29 marzo 2009

## V DOMINGO DE CUARESMA (AÑO B)

I Lectura: Jer 31, 31-34; Salmo 50; II Lectura: Heb 5, 7-9; Evangelio: Jn 12, 20-33

**E**ntre los que habían ido a Jerusalén para dar culto a Dios en la fiesta había algunos griegos. Éstos se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le dijeron: «Señor, queremos ver a Jesús». Felipe se lo fue a decir a Andrés; Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. Jesús les respondió: «Ha llegado la hora en que va a ser glorificado el hijo del hombre. Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá; y el que odia su vida en este mundo la conservará para la vida eterna. El que quiera ponerse a mi servicio, que me siga, y donde esté yo allí estará también mi servidor. A quien me sirva, mi Padre lo honrará. Ahora estoy profundamente angustiado. ¿Y qué voy a decir? ¿Pediré al Padre que me libre de esta hora? No, pues para esto precisamente he llegado a esta hora. Padre, glorifica tu nombre». Entonces dijo una voz del cielo: «Lo he glorificado y lo glorificaré de nuevo». La gente que estaba allí y lo oyó, dijeron que había sido un trueno. Otros decían que le había hablado un ángel. Jesús replicó: «Esta voz no ha venido por mí, sino por vosotros. Ahora es cuando va a ser juzgado este mundo; ahora el príncipe de este mundo va a ser echado fuera. Yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos los atraeré hacia mí». Decía esto indicando de qué muerte iba a morir. (Gv 12,20-33)

El fragmento del Evangelio que acabamos de leer, es uno de los más impactantes, porque va radicalmente en contra de algunos lugares comunes, tanto que afirma como mejor lo que, en cambio, según la mentalidad de los hombres, es peor.

Es bueno precisar también el contexto de este episodio evangélico.

Hace poco que Jesús ha entrado triunfalmente en Jerusalén y está a punto de empezar el Santo Triduo: la institución de la Eucaristía, su Pasión, Muerte y Resurrección. El Señor se encuentra ya viviendo la última semana de su vida y durante estos últimos días se dedica a completar su enseñanza, para no dejar ninguna duda a sus discípulos.

Se presenta la ocasión de encontrar a personas que no pertenecen al pueblo judío, pero que se han convertido a la religión judía: son algunos griegos de los que habla Juan. Estos se dirigen justamente a Felipe y Andrés. De hecho sus nombres son de origen griego y, por tanto, presumiblemente, los dos conocían también la lengua. Se puede deducir que estos griegos inteligentemente hicieron una breve indagación y cuando descubrieron que entre los discípulos de Jesús había alguno que hablaba su misma lengua, se pusieron inmediatamente en contacto con ellos, pidiendo verlo. «Éstos se acercaron a Felipe, el de Betsaida de Galilea, y le dijeron: «Señor, queremos ver a Jesús». (Jn 12,21). El deseo de "ver a Jesús" no se limita a mirar con admiración como lo haríamos cuando estamos frente a una obra de arte, una pintura, una escultura o incluso una obra de arte hecha por Dios, por ejemplo un panorama maravilloso; significa "ver" en el sentido de hablar y conocer. Recordemos que los griegos aman la filosofía, son dialécticos, quieren profundizar las cosas. Los dos apóstoles, pues, les acompañaron delante de Jesús, el cual, sin embargo, ni siquiera los considera en absoluto, no por falta de respeto, sino porque toma la señal para ampliar sus enseñanzas tanto como sea posible, incluso en el tiempo. Él, de hecho, sabe perfectamente que serán las últimas y quiere extenderlas a todos sus discípulos, incluidos los de los siglos futuros. Solo Dios puede hacer una cosa tal, para Él el tiempo o la distancia no es un obstáculo.

Y ahora tendremos que gustar verdaderamente, sentir la profundidad, la consistencia, la dulzura de estas últimas palabras de Jesús. Estas son sus últimas enseñanzas; si alguno de entre vosotros no lo había comprendido, ahora puede seguir el discurso de Jesús con mayor atención: *"Ha llegado la hora en que va a ser glorificado el hijo del hombre"*. (Jn 12, 23). Esta es la afirmación que nos gustaría oír también nosotros, aplicada a nuestra situación. Otras veces en el Evangelio esta expresión se ha usado en sentido negativo *"Esta no es la hora"* pero, en este caso, Jesús dice que ha llegado la hora. De hecho, los designios de Dios están a punto de realizarse, que prevén que Jesús sea hecho prisionero, llevado ante los jueces, escupido, humillado, castigado con el tremendo azote romano, peor que el griego, y finalmente condenado injustamente y conducido al Gólgota para morir ante sus enemigos, satisfechos porque creían que se habían librado de él, pero todo esto entraba en los planes de Dios.

Quiero haceros notar un aspecto que concierne a los amigos y enemigos de Dios. En teoría los amigos son los que deberían respetar sus disposiciones al pie de la letra y con fidelidad absoluta, pero muchas veces no son capaces por el cansancio, debilidad y fragilidad.

Y aquí está lo incoherente que me hace sonreír. Me complació ver que los mayores enemigos de la Eucaristía hoy se han convertido en aquellos que, sin embargo, hablan de ella con entusiasmo en las catequesis y homilías; la defienden, organizan procesiones, vigiliias y congresos eucarísticos. Hacen todo esto con gran interés, a pesar de que son los enemigos, porque tienen que enmascarar su hostilidad. Para Cristo ocurre lo mismo: los enemigos de Dios que entonces eran los fariseos, los saduceos, los herodianos, los sacerdotes y los sumos sacerdotes, por odio, venganza y deseo de librarse de él, siguen los designios de Dios a la perfección. Dios ya lo había anunciado en el Antiguo Testamento, basta leer al profeta Isaías que describió todo lo que el siervo de Yahvé tendría que sufrir. Pues bien, cumplieron al pie de la letra lo que había sido profetizado siete siglos antes. No habíamos pensado nunca en esto. Y sin embargo, es así: los enemigos de Dios cumplieron sus órdenes movidos por maldad y así cumplieron exactamente lo que Dios había establecido.

*"Ha llegado la hora en que va a ser glorificado el hijo del hombre."* (Jn 12, 23). Entonces hubiésemos esperado alfombras, trompetas de plata, desfile de gente, aplausos y aclamaciones, pero, una vez más, Dios nos sorprende, nos confunde: ¿cuál es la gloria de la que habla? Cerramos los ojos y vemos a Jesús cubierto de sangre, de heridas, escupido, hecho objeto de ironía, tratado como rey de burla: ¿qué clase de gloria es esta? En cambio, Jesús, dice y afirma que ha llegado la hora de ser glorificado. *"Para esto he venido al mundo, dice Cristo: eh ahí, que yo vengo, padre para hacer tu voluntad"* (Hb 10, 5-9). Pablo nos recuerda el deseo de Jesús: cumplir hasta el final la voluntad del Padre. Y la voluntad del Padre es que se encarne, padezca, muera y resucite. Mirad, esta es la gloria de la que habla el Señor, habla de su gloria, no se refiere a la de los otros o a la de los apóstoles. Es para dar un tono solemne a lo que está diciendo, emplea aquellas formas gramaticales retóricas usadas por los rabinos para evidenciar la solemnidad del momento y que aquella enseñanza era la verdad más importante. *"Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, queda infecundo; pero si muere, produce mucho fruto"*. (Jn 12, 24). Y eh ahí esta brevísima parábola. Sabemos que un grano produce una espiga y, a su vez, esta espiga producirá muchos otros granos y muchas otras espigas. Pero el proceso de producción empieza con la muerte y todo esto va contra la lógica humana. ¿Qué vida empieza con una muerte? Ninguna. Pero según Dios, la vida para sí y para los demás tiene que empezar con la muerte. El que acepta esto se vuelve un verdadero seguidor de Cristo, en cambio el que lo rechaza, aunque fuese la máxima autoridad del Estado o de la Iglesia, se opone a Dios. *"En cambio si el grano muere, produce mucho fruto"*, Jesús se aplica esto exclusivamente a sí mismo. Pero lo que dice después es para todos los pueblos, extiende el discurso a todos sus discípulos

independientemente de su civilización, cultura o etnia. *“El que ama su vida la perderá; y el que odia su vida en este mundo la conservará para la vida eterna”*. (Jn 12, 25). Es una afirmación que nos deja otra vez boquiabiertos. Usa palabras que según la lógica no se pueden poner en relación: amar y odiar. ¿Qué significa: el que ama su vida? Quien en su vida alcance incluso la mayor meta de éxito u ocupe la posición más alta de poder, sin Dios está perdido porque toma una decisión equivocada. *“El que odia su vida la conservará”*; cuidado, para los judíos, por el estilo semítico, las contraposiciones tienen que ser evidentes para ser comprendidas, en este caso el sentido de odiar su vida no es despreciarla, sino considerar algo mucho más importante.

Hoy los hombres están apegados a su vida y por tanto pierden la vida de Dios. Los que, en cambio, dan importancia a la vida de Dios, adquieren también su propia vida y, llegados a este punto, os tengo que recordar: *“Los últimos serán los primeros y los primeros serán los últimos”*. Y nosotros somos los *“últimos”*, los condenados por el mundo y por la Iglesia. En este caso como Iglesia quiero decir sencillamente algunos hombres de la Iglesia. Es hora de dejar de afirmar: *“la Iglesia dice esto”*, porque la Iglesia dice lo que está escrito en el Evangelio, el resto son chácharas humanas. Es hora de detenerlo, llegamos al disparate de negar lo que Dios ha hecho: los milagros eucarísticos, la ordenación del obispo, las apariciones de la Virgen. *“La Iglesia dice que allí está el demonio”*, pero ¿estamos bromeando? *“El que quiera servirme, que me siga, y donde yo esté, allí también estará mi servidor. Si alguno me sirve, el Padre lo honrará”* (Jm 12, 26).

Para estar con Cristo, sin embargo, hay que llevar la cruz, para ser honrados por el Padre tenemos que respetar todos los mandamientos y esto nos pone ya en una situación de oposición con el mundo. Debemos respetar los diez mandamientos. Los hombres de la Iglesia han tratado de eliminar alguno. Como tontos estaban tratando de quitar dos: honrar las fiestas y no cometer actos impuros. ¡Qué estúpidos! ¡Los mandamientos son de Dios! ¿Quién puede permitirse eliminarlos? Y sin embargo lo han intentado. Por supuesto, son exigentes, pero debemos respetarlos absolutamente, incluso podemos encontrar obstáculos, dificultades y luchas.

Volviendo al fragmento del Evangelio, faltan pocos días para el momento en que Jesús se siente con los apóstoles en el cenáculo. Él es Dios y por lo tanto ya empezará a vivir la atmósfera del Jueves Santo, cuando instituya la Eucaristía, pero justamente porque Él es Dios, verá también todos los pecados cometidos por los hombres contra la Eucaristía a lo largo de todos los siglos y, creedme, debe haber sido una visión tremenda.

Puedo añadir una interpretación mía: Jesús en el huerto de Getsemaní sudó sangre y agoniza, porque se sintió rechazado, traicionado, engañado, sobre todo en la Eucaristía. Vio todos los pecados que los hombres realizarían: las comuniones sacrílegas, las profanaciones de la Eucaristía, todas las tentativas del demonio, después conseguidas, de alejar a las personas de la Eucaristía. ¿Todo esto podía dejar indiferente a Cristo? Eh ahí el porqué de su gran sufrimiento. *“Ahora estoy profundamente angustiado. ¿Y qué voy a decir? ¿Pediré al Padre que me libre de esta hora? No, pues para esto precisamente he llegado a esta hora. Padre glorifica tu nombre”* (Jn 12, 27-28). Los hombres serán rescatados y purificados por la Pasión y Muerte de Cristo y Jesús, Dios Hijo, de este modo hará el acto de culto más alto a Dios Padre. Una vez más está la cruz, el sufrimiento y la pasión y después: *“Entonces dijo una voz del cielo: «Lo he glorificado y lo glorificaré de nuevo»*. (Jm 12, 28). Lo ha glorificado al realizar los milagros, los cuales hacen comprender que solo Dios es el autor, aunque los hombres continúan negándolo. De hecho, también el milagro eucarístico más grande de toda la historia de la Iglesia, el del 11 de junio del 2000, ha sido rechazado por los hombres. ¿Os dais cuenta a qué punto hemos llegado? Esto es diabólico.

Dios Padre glorificó a Dios Hijo haciendo milagros y revelando la voluntad del Padre durante Su vida terrena: esta es verdaderamente la obra más gloriosa que Él pudo hacer. Y añade “otra vez lo glorificaré” y aquí se refiere claramente a la Resurrección, después de la cual Jesús volverá a ocupar el lugar que le corresponde en el Paraíso junto al Padre. Y ante esta grande y extraordinaria manifestación de Dios, ¿cómo reaccionan los hombres a pesar de haberlo oído?: “La gente que estaba allí y lo oyó, dijeron que había sido un trueno. Otros decían que le había hablado un ángel”. (Jn 12,29). ¡Fue un trueno o un ángel!, ¡si al menos hubiera habido uno que hubiese dicho que había escuchado la voz de Dios! Y siglos después, ante las grandes obras de Dios, aquellos que debieron tomar inmediatamente su defensa, ¿qué hicieron? Cuando hubo el milagro de Bolsena, erróneamente llamado de Orvieto, el Papa, los cardenales, los obispos, todos corrieron inmediatamente al lugar, para darse cuenta de la obra de Dios.

En este lugar se han producido 185 milagros eucarísticos e incluso el gran milagro eucarístico del 11 de junio, ocurrido durante la Santa Misa. Y nadie ha venido a ver. Después de ocho siglos, nadie se ha movido. No quisiera estar en el lugar de ellos cuando llegue el momento de ir ante Dios, será horrible pero será justo. Detengámonos en esto.

Habéis oído indirectamente la voz de Dios Padre, de Jesús, del Espíritu Santo, de Nuestra Señora y de San José a través de Marisa, su instrumento. Recordad que debéis dar testimonio y se os preguntará qué habéis hecho con todos estos dones. Tratemos de ser equilibrados, preparados y fuertes, éste es el verdadero cristiano y es el modelo que todos debéis alcanzar. La Iglesia debe ser así; quien no quiera llegar a este modelo, quédese tranquilo afuera porque Dios quiere gente convencida.

Alabado sea Jesucristo.

*Con gran alegría veo a vuestra hermana en medio de vosotros, pero ella y yo os hemos visto siempre rezar, rezar y rezar por vuestro obispo, y sobre todo por la Iglesia. Hoy es el aniversario de la ordenación sacerdotal de vuestro Obispo, pero él ha querido que rezarais por todos los sacerdotes, porque hay mucha necesidad. Sí, mis queridos hijos, no podéis imaginar cuanta necesidad hay en la Iglesia de sacerdotes, obispos y cardenales santos, pero por desgracia no hay.*

*Sí, es verdad, este mundo que Dios ha creado, no gusta; hay demasiados escándalos, maledicencias y calumnias, por este motivo vuestro Obispo está mal, reza y sufre.*

*(De la carta de Dios, 9 marzo 2008)*



# Homilía del 1º abril 2009

---

**H**ace once años, más o menos a esta hora, yo estaba hablando a los que estaban en la habitación de Marisa y la frase más significativa que pronuncié, que esculpí en la mente y en el corazón, es que para mí es un orgullo y una gloria sufrir por la Eucaristía. No quiero hacer de nuevo la crónica de aquella jornada porque, si os interesa, ya está contada detalladamente en los volúmenes que se han publicado, pero esta tarde, junto a vosotros, me gustaría hacer reflexiones sobre lo que ha ocurrido como comunidad, una pequeña partícula de la Iglesia, pero viva y vital. Tenemos que tener presente con alegría el recuerdo de los hechos que caracterizaron esta historia, porque veréis cómo de las lágrimas brota la sonrisa, de la tristeza la alegría y del sufrimiento el gozo. Os confío la memoria de lo que ha ocurrido y los más jóvenes tendrán que transmitirlo a sus hijos. La Iglesia no olvidará este día que, como nos ha dicho muchas veces la Virgen, pasará a formar parte de su historia, y si quisiera condensar las emociones, las reflexiones que se acumularon en mi alma durante este día, creo que podríamos describir todo lo sucedido con esta doble expresión: de la muerte a la vida, de la condenación de los hombres a la glorificación de Dios.

De la muerte a la vida: la muerte no es solamente física. Yo he tenido la alegría de sufrir la muerte moral que bajo todo punto de vista es la más dura, porque mientras la muerte física nos lleva a la bendita contemplación de Dios, la muerte moral en cambio nos deja en la tierra y nos hace sentir que otros han profanado algo hermoso y grande que Dios ha puesto en nuestro corazón. La muerte asusta a los que no están preparados, pero cuando hay una preparación se acepta todo y entonces, viene a la mente lo que se acaba de leer y lo que ya se dijo el domingo pasado: *“Cristo en los días de su vida terean, ofreció oraciones y súplicas con fuertes gritos y lágrimas a Dios que podía salvarlo de la muerte y por Su pleno abandono Él fue escuchado”*. No es un contrasentido, porque Cristo vino al mundo para hacer la voluntad del Padre, según el cual debió consumir su vida en la cruz después de una tremenda pasión. Así nuestra semejanza con Cristo se acentúa en los momentos en los que el sufrimiento se vuelve más atroz, pero tenemos que recordar también otra frase que está en Juan: el que ama su vida la perderá y el que la odia en este mundo la conservará para la vida eterna. En la palabra vida, siendo el don más grande y más hermoso que Dios nos ha dado, tenemos que contemplar todo lo que forma parte de ello: el honor, la fama, las amistades y las relaciones con los demás, por lo tanto, si Dios pide una renuncia a todo esto, nada perdemos sino que logramos transformarlo en gracia y alegría según la ley de la Cruz. Amar y odiar son expresiones antitéticas. Cristo no nos dice que debemos odiar la vida, pero nos hace comprender, incluso dirigiéndose a un auditorio judío, que el hombre no tiene que considerar la vida el máximo de lo que puede alcanzar, porque además de la vida está Dios, su amor y su gracia. Esta vida de la que habla Jesús es una vida que empieza durante nuestro estar en la tierra y que alcanza la perfección cuando estaremos delante de Dios, por tanto perder la vida significa recuperarla, odiar la vida significa ponerla en mejor situación.

De la condena de los hombres a la glorificación de Dios. No se ha dicho que esta glorificación tenga que ocurrir exclusivamente en el más allá, sino que puede venir incluso durante la vida terrena. De hecho, Pedro dice: lo hemos dejado todo, pero ¿al final que podremos obtener? Jesús le responde que recibirá cien veces más en la tierra y tendrá también la vida eterna. Cuando el hombre, tanto religioso como político, condena injustamente a un hermano suyo y cree haber vencido, justo en aquel momento, recibe la derrota más contundente, porque se vuelve como Caín que mató a Abel. Los nuevos Caínes que a lo largo de los siglos se hacen presentes matan siempre a Abel, el hermano inocente, por rabia, celos y envidia pero Abel recibirá la recompensa y Caín recibirá la condena y además una condena pesada durante su vida terrena, como ocurrió para el primer Caín. Por lo tanto la glorificación de Dios ocurre también durante la vida terrena; de hecho, puede parecer que uno sea derrotado, pero en aquel mismo momento la derrota se convierte en victoria.

Basta un ejemplo nuestro para que arraigue en vosotros esta convicción. Ya se había anunciado varias veces que 1999 sería el año del triunfo y de la victoria, de hecho, en el aniversario de mi ordenación sacerdotal, el 9 de marzo de 1998, en una aparición la Virgen le había dicho a Marisa que escribiera 666 que es el número del bestia; entonces, le había dicho que girara los tres seises y que nos pusiéramos frente al número 1. De esta manera había obtenido el año que decía sería de nuestra victoria: 1999. La Virgen lo repitió otras veces hasta el 1º de enero de 1999, pero después no fue así, porque Dios pidió la inmolación más fuerte a la Vidente y al Obispo y una bastante dolorosa también a vosotros, por lo que pudisteis haber dicho, a parientes, amigos y conocidos, que luego no se produjo. A pesar de esto, Dios dijo que de aquella inmolación nació el triunfo más grande de toda la historia de la Iglesia.

El 10 de enero del 2002, a través de la inmolación de los inocentes, ocurrió el Triunfo de la Eucaristía en la Iglesia por el valor, el sufrimiento y las oraciones de un sencillo y humilde Obispo, de una sencilla y humilde vidente y de sencillas y humildes personas. Esto es lo que logra hacer Dios: incluso las derrotas que parecen más ardientes se transforman en victorias luminosas. Dentro de cincuenta, cien o mil años, no se dirá que no hubo victoria en 1999, sino que hubo el triunfo de la Eucaristía decretada por Dios y se hablará no de los que injustamente condenaron al Obispo, sino de aquel que fue condenado. Dios puede trastornar los designios humanos, por eso este día debe ser encomendado a la memoria y no debe ser la exaltación de un individuo sino la exaltación de la acción de Dios. Si hacéis esto quiere decir que habréis comprendido exactamente lo que estoy tratando de haceros comprender, por tanto esta jornada tiene que ser caracterizada por esta expresión: concretamente asistimos al paso de la muerte a la vida, de la condena de los hombres a la glorificación de Dios. Para terminar, no puedo dejar de citar a Pablo cuando dice que los sufrimientos del tiempo presente no tienen un valor proporcionado a la gloria que se manifestará en nosotros. Por tanto también Pablo habla del paso de la condena de los hombres a la glorificación de Dios; no es mi invención, por hermosa que sea, sino una verdad presente en la Palabra de Dios. Así llegará también el fin de todo este largo penar para la reconstrucción de la Iglesia; los que han sido escogidos por Dios para cumplir esta obra, hace decenios que rezan, sufren y se inmolan, pero no hay sufrimiento que sea proporcionado a la gloria. En el Paraíso las personas más cercanas a Dios son las que han sido más poderosas durante su vida solo si han cumplido bien su oficio; por lo tanto, lo que nos garantiza por otra parte un lugar más cercano a Dios es como hayamos vivido la vida en la tierra y la persona más humilde, más sencilla y desconocida durante la vida terrena podremos verla delante de nosotros y muy alto en el Paraíso. Un puñado de años no es nada comparado con la eternidad, pero aunque hayan habido momentos que nos han desgastado y estresado, Jesús nos dijo: venid a Mí todos vosotros que estáis cansados y fatigados y Yo os daré descanso y paz. Yo he dicho siempre, y hoy lo ratifico más que nunca, que ha sido mi Misa celebrada cada día y ha sido la Eucaristía, quienes me han salvado. Creo que en toda mi vida no he celebrado más que en poquísimas ocasiones, solo cuando he estado muy mal, de todos modos, incluso con fiebre o algún problema de salud, he celebrado siempre y esto me ha salvado. Es el Pan Eucarístico el que ha salido a la Vidente y al Obispo y recordad que sobre el amor a la Eucaristía nos juzgará Dios. El que ama profundamente y auténticamente a la Eucaristía amará también a los hermanos, así que amando a los hermanos Dios nos juzgará, exactamente sobre el amor.

Solo Dios puede cambiar las situaciones. Yo miro adelante y puedo quizás entrever el alba de la resurrección que vosotros no podéis ver porque no tenéis el conocimiento de hechos y situaciones que nos ha manifestado Dios.

Como recordaréis, se ha escrito que la quinceava estación de nuestro Via Crucis será escrito cuando sea nuestra resurrección y creo que dentro de poco tendré que empezar a escribirla. Todavía tenemos el corazón firme, doblemos las rodillas delante de los designios de Dios, esforcémonos por acogerlos del mejor modo y continuemos suplicándole para que acelere sus promesas, pero sobre todo para que dé al Obispo y a la vidente la fuerza de seguir adelante.



El 25 de marzo de este año, fiesta de la anunciación, la virgen ha dicho a Marisa: *"Marisella, sigue adelante todavía un poco más, largo es el camino que te tiene que llevar al Paraíso"*. Después se ha dirigido al Obispo: *"Excelencia, tu camino será más duro, pero estoy a tu lado"*. Los caminos del Obispo y de la Vidente no serán nunca desunidos. La virgen siempre ha estado cerca de Jesús aunque no estuviera físicamente en bilocación, por lo tanto no es cierto, y ella misma lo dijo, que Jesús la descuidó, como dijo alguien en un escrito contra el cual, excepto nosotros, nadie protestó. Tal como la Virgen estuvo siempre al lado de Jesús, el Obispo y la vidente continuarán estando unidos y cuando ella esté en el Paraíso, estará más cerca de mí y la unión será más fuerte. De hecho, en el prefacio que se recita en la Misa de los difuntos está escrito que la relación no se interrumpe, sino que se transforma y es mejor, porque se afloja el físico y se perfecciona el espiritual que es el auténtico. Entre Dios y yo hay una relación espiritual y es más hermosa. Entre un alma que está en el Cielo y yo hay una relación espiritual que es más fuerte que la que puede existir entre cada uno de vosotros y yo mientras estéis vivos. Con esta reflexión se reanuda ahora la Misa y se ofrece a Dios para que pronto haga resonar su voz, como le dijo a Jesús: *"Este es mi hijo amado"* y le dice a Marisa: *"Esta es mi hija amada, ven, entra en el Paraíso donde te espero desde hace mucho tiempo"*.



# Homilía del 17 abril 2009

Viernes de la Octava de Pascua

*I lectura: Hc 4,1-12; Salmo 117; Evangelio Jn 21,1-14*

**J**esús se manifestó de nuevo a los discípulos en el mar de Tiberíades. Fue de este modo: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás «el Mellizo», Natanael el de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos discípulos. Simón Pedro les dijo: «Voy a pescar». Le contestaron: «Nosotros también vamos contigo». Salieron y subieron a la barca. Aquella noche no pescaron nada.

Al amanecer, estaba Jesús en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dijo: «Muchachos, ¿tenéis algo que comer?». Le contestaron: «No». Él les dijo: «Echad la red al lado derecho de la barca y encontraréis». La echaron, y no podían sacarla por la cantidad de peces. Entonces el discípulo preferido de Jesús dijo a Pedro: «Es el Señor». Simón Pedro, al oír que era el Señor, se vistió, pues estaba desnudo, y se echó al mar. Los demás discípulos llegaron con la barca, ya que no estaban lejos de tierra, a unos cien metros, arrastrando la red con los peces.

Al saltar a tierra, vieron unas brasas y un pescado sobre ellas, y pan. Jesús les dijo: «Traed los peces que acabáis de pescar». Simón Pedro subió a la barca y sacó a tierra la red llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Y, a pesar de ser tantos, no se rompió la red. Jesús les dijo: «Venid y comed». Ninguno de los discípulos se atrevió a preguntarle: «¿Tú quién eres?», pues sabían que era el Señor. Entonces Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio; y lo mismo el pescado. Ésta fue la tercera vez que se apareció a los discípulos después de haber resucitado de entre los muertos. (Jn 21,1-14).

Me gustaría compartir con vosotros algunas reflexiones. Nos hemos acostumbrado a vivir con poco fervor los encuentros bíblicos, las lecturas del Evangelio y las apariciones. Basta pensar en cuantas personas de la comunidad ya no participan en nuestros encuentros pero un día, como dicen en Roma, se comerán los codos.

Recordad luego los milagros eucarísticos. En el evangelio de hoy se mencionan ciento cincuenta y tres peces, los milagros eucarísticos son ciento ochenta y cuatro y al final, como sucede, por costumbre, ya no hacemos caso: ya no hay el fervor, la emoción y la conmoción. Ahora se nota mucho la falta, nos falta la experiencia de recibir a Jesús Eucaristía, traída por la Virgen, que dejaba un sabor, un perfume particular en las manos y en la boca de quien hacía la comunión; el perfume persistía durante un tiempo.

En el fragmento del Evangelio de hoy, los apóstoles van a pescar; esto se cuenta a menudo en otros episódicos evangélicos; Pedro, el más impetuoso de todos, toma la iniciativa primero. Recordad que hace poco tiempo los mismos apóstoles han sido ordenados obispos y uno de ellos, Pedro, dentro de unos días, será confirmado como cabeza del colegio apostólico es decir Papa.

A pesar de esto, tienen las manos con callos y tocan las redes y los pescados. Comparad la simplicidad de los apóstoles con la excesiva elegancia y ostentación de los personajes de la Iglesia. Es un escándalo pero todavía más escandaloso es que estas realidades no sean denunciadas. Cuando, por desgracia, ocurre una catástrofe, los grandes personajes no se mueven porque no hay alfombras, fanfarrias y flores. Esto no es cristianismo. Jesús dijo: “Si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los pies, también vosotros los tenéis que lavar los pies los unos a los otros. Os he dado ejemplo, para que también vosotros lo hagáis como yo os lo he hecho a vosotros” (Jn 13, 14). Sin embargo los hombres de la Iglesia ostentan el poder, el sobresalir sobre los demás, el someter a los demás. ¡Qué lejos estamos del auténtico espíritu de la Iglesia! Cada vez que leo estas páginas siento un fuerte temor porque me doy cuenta lo difícil que será este trabajo que el Señor me ha confiado; será difícil convencer a los poderosos hombres de la Iglesia a la sobriedad. Para el culto, es suficiente tener la ropa justa y elegante sin exagerar con telas muy caras. Me vienen a la mente algunas ceremonias en

las que el eclesiástico que presidía la celebración se sentaba en un trono con tejidos y ropa lujosa, pero nadie denunció el escándalo: *“Desciende del trono e inclínate ante el Rey de Reyes, delante de Dios presente en la Eucaristía”*.

Hay mucho que hacer, demasiado, pero las personas dispuesta a colaborar ¿dónde están? Incluso a vosotros os gustan los primeros lugares, os gusta aparecer y sentirnos diferentes y mejores que los demás. Esto no es Evangelio, queridos míos. *“Así también vosotros, cuando hayáis hecho lo que os han ordenado, decid: “Somos siervos inútiles. Hemos hecho lo que teníamos que hacer”* (Lc 17, 10). Esta frase no se dice porque se le tiene miedo.

Estas apariciones sin duda dejarán una huella en la historia de la Iglesia, porque han devuelto la Eucaristía al centro de la Iglesia, pero también hay otro aspecto importante, la insistencia repetida y continua de la palabra amor; en todos los mensajes y en todas las cartas de Dios hay la invitación a amar, amar, amar, amar. Y el amor, ¿dónde está el amor? ¡En las palabras!

¡Cuánto tenemos que golpear nos todavía el pecho para cambiar! Creíais que habíais llegado, estar adelantados a los demás. ¡Oh no! Por todo lo que habéis recibido tendríais que estar mucho más adelantados. Repito esta comunidad se llama: *“Movimiento Compromiso y Testimonio”*, pero ¿dónde está el compromiso? Cuántas veces Dios Padre, Jesús y la Virgen han hablado de la importancia del encuentro bíblico. Vais de compras cuando llueve, cuando hace calor o frío; vais con los amigos para estar juntos en alegría con el autobús o con el taxi, pero no se participa en el encuentro bíblico. Cuántas veces se ha dicho en las cartas de Dios: *“El Obispo de cada línea hace un poema, ningún sacerdote...”* Y ¿cuál es la respuesta por parte vuestra? Ahora yo podría terminar la Santa Misa diciéndoos: *“Hasta el domingo próximo”*, pero no lo hago porque os culpabilizaría a vosotros aquí presentes y os daría una penitencia que no merecéis.

Cuando veo las silla vacías me siento mal, pero no por mí, creedme, sufro por el gran desperdicio de gracia. La oración personal es gracia, la oración comunitaria es gracia, la aparición de la Virgen es gracia y también la S. Misa y la Palabra de Dios lo son.

Todas estas reflexiones me han venido a la mente mientras leía el fragmento del Evangelio de hoy, porque no sabía ni siquiera cuál era. Durante la lectura, estos pensamiento se iban precisando y colocando uno después del otro y os los he dicho también a vosotros.

La santidad no se compone de cuellos torcidos, manos juntas, expresiones estúpidas, no, no es esto la santidad. La santidad es autenticidad, asemejarse a Cristo, hacer la voluntad de Dios, servir a los hermanos y no hacerse maestro de nadie, porque uno solo es vuestro maestro.

Debéis estar pensando que a dónde quiero llegar: a ninguna parte, no tengo fines ocultos, no tengo objetivos secretos, solo quiero hablaros claro, porque, recordad, ya lo dije y lo repito, no haré ni siquiera un minuto de Purgatorio porque no haya cumplido con mi deber con vosotros. Por lo que se refiere a mis problemas, defectos y pecados personales es una cuestión entre Dios y yo, pero no puedo callar ante las cosas que no funcionan. Yo nunca lo haré y si todos lo hicieran así, no habríamos llegado a donde estamos hoy.

No hablo a sus espaldas, hablo a la cara de la gente, vosotros también podéis hacerlo. Muchas veces la Virgen ha dicho: *“No habléis a sus espaldas”*. En el testamento espiritual de Marisa, leído el pasado 5 de abril, había exactamente esta recomendación: *“No habléis a sus espaldas”*. Quiere decir que todavía se continúa haciéndolo.

Quitaros la aureola, si os la habéis puesto en la cabeza. Nadie tiene derecho de ponerse la aureola, solo Dios puede decir: *“Tú eres santo, tú eres santa”*, nosotros no. Yo no lo puedo decir ni siquiera de vosotros y vosotros no lo podéis decir de los demás. Podéis repetir solamente lo que Dios dice.

Bueno, ya os he regañado bastante y ahora volvamos a la Santa Misa.

Sea alabado Jesucristo.

# Homilía del 21 junio 2009

## XII DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO (AÑO B)

*I lectura: Jb 38,1.8-11; Salmo 106; II lectura: 2Cor 5,14-17; Evangelio: Mc 4,35-41*

**T**odos los que estáis presentes, o casi todos, al menos una vez habéis asistido al anuncio que se hace en San Pedro cuando se anuncia la elección del nuevo Papa. El cardenal Protodiácono, el primero de los cardenales al servicio diaconal con voz pomposa y solemne anuncia: *“Nuntio vobis gaudium magnum: habemus Papam!”* es decir: *“Os anuncio una gran alegría, tenemos Papa”*. El Señor quiere que yo arregle las cosas en la Iglesia y estoy cansado de tener que oír, y he oído muchos, *“Habemus Papam”*. Yo deseo oír: *“Habemus novam Ecclesiam”* o sea *“Tenemos una nueva Iglesia”*. Los Papas pasan, pueden ser incluso santos, pueden dejar recuerdos, pueden dejar signos en la Historia, pero pasan. ¿Quién de vosotros recuerda un Papa del otro siglo? La Iglesia, en cambio, comunidad de los vivientes, tiene que ser recordada y tenida presente. De hecho, ella, que fue engendrada por la muerte de Cristo, salió de su costado traspasado. La Iglesia es el fruto de su Pasión, Muerte y Resurrección. Jesús nunca abdicó de su papel de Cabeza y Fundador de la Iglesia y dio un gran don a la humanidad es decir confió su gobierno a los hombres: *“Todo lo que atéis en la tierra será atado en los cielos y todo lo que desatéis en la tierra será desatado en los cielos”* (Mt 16,19). Y este ha sido el gran problema: tenemos obispos, cardenales, sacerdotes, tanto santos como indignos. Hoy no es difícil comprender cuál es la situación de la Iglesia: basta leer los periódicos o ver los servicios de televisión que se ocupan de ello y que se divulgan continuamente más con la intención de golpear que con la de sanar, algunos son escandalosos con tonos incluso exagerados, pero, como nos ha dicho la Virgen, siempre cuentan mucho menos de la dolorosa realidad. ¿Quién de vosotros no escucha chistes sobre la Iglesia, discursos negativos y pesados?

Eh ahí porque espero finalmente el anuncio: *“Habemus novam Ecclesiam”*, no de un cardenal sino de Dios.

La Iglesia está renaciendo y renacerá; esto lo hemos esperado durante decenios y por nosotros me refiero exclusivamente al Obispo y a Marisa; todos vosotros os habéis añadido después. Ninguno de vosotros puede pretender un derecho de primogenitura que no tiene, eh ahí porque yo estoy esperando el anuncio de una nueva Iglesia. Sabed que el anuncio de cada victoria es siempre precedido por grandes sufrimientos. Una victoria en el deporte, en la búsqueda científica, en la diplomacia, en la sociedad no nace espontáneamente como una flor en el desierto sino que es fruto de la fatiga, de renuncia y de sufrimiento. Entonces podemos decir que la voluntad de Dios se manifiesta de modo sorprendente, la mayoría de las veces clara pero a veces menos. Nos comportamos como aquellas personas ancianas que no nos ven y no nos oyen, pero que no lo admiten. Desde este punto de vista, todos vosotros aquí, desde los que tienen veinte años hasta los que tienen ochenta, todos se comportan de la misma manera: todos somos presuntuosos para escuchar y comprender todo, pero nos equivocamos.

No se puede comprender a Dios como queríamos, desafortunadamente es así. Conocéis la historia de algunas madres que voluntariamente dieron su vida y murieron para poder traer a sus hijos al mundo. No recuerdo ahora los nombres pero alguna además ha sido beatificada o canonizada hace poco tiempo. Creo que hay muchas más, pero no han sido canonizadas porque a muchos no les importa nada. Interesa más canonizar a un fundador o una fundadora de alguna orden religiosa que una simple y humilde madre, que ha vivido en el escondimiento que ha ofrecido su vida para darla a su criatura. Todo esto no causa sensación y en consecuencia el interés humano ante esto decrece. Dios obra de otra manera, no debe pedir permiso a nadie para actuar como quiere, ni al Papa ni a todo el colegio cardenalicio ni al colegio episcopal. ¿Tendría que pedir permiso a cada uno de los cuatrocientos mil y más sacerdotes que se erigen como pastores en la Iglesia? ¿Y por qué lo pretenden?

Recordad cuando los apóstoles discutían entre ellos sobre quién sería el más grande y Jesús cogió un niño, lo puso en medio de ellos diciendo: *“El que se haga pequeño como este niño, será el más grande en el reino de los cielos”* (Mt. 18, 4). Y entonces desde ese punto de vista entendéis porque Jesús y la Virgen varias veces han dicho a Marisa que no crezca nunca y que se quede siempre niña, porque los niños son el emblema de la sencillez, de la inocencia y de la inmediatez. Nosotros los adultos somos tortuosos, confusos y complejos. Cuantas veces ha ocurrido que os decía una cosa y vosotros entendíais otra; no me equivocaba yo, ¡erais vosotros que no comprendíais! Un niño si tiene una duda, va a su madre o a su padre para preguntar qué debe hacer; sin embargo, vosotros no habéis venido a pedir explicaciones. ¡Qué presuntuosidad! Todas las madres espirituales y los padres confesores deciden qué hacer y os equivocáis. Y el obispo se resintió. Pero en vuestra casa si un hijo no hace lo que decís, ¿le traéis un dulce o le dais una bofetada en la cara? Os indignáis si el obispo se enfada y os reprocha. Lo absurdo es que la persona regañada se siente bien y piensa para sí: *“Después de todo, ¿qué he hecho mal?”* ¡Hipócrita! ¿Queréis estar con Dios? Tenéis que ser humildes y sencillos. Marisa y yo hemos dado nuestro aporte de humildad y sencillez, hemos renunciado a todo y vosotros, ¿a qué habéis renunciado? Muchos de vosotros os sentís bien porque venís aquí a rezar el domingo, pero después ¿los otros días? ¿Por qué no venís a rezar? ¿Por qué no venís a dar? Cuántas veces se os ha dicho que cuando el Obispo ya no esté lloraréis, os cortaréis el codo, como se dice en Roma.

Dios se sirve de los pequeños y de los humildes y Marisa es la persona más pequeña a la que Dios ha dado dones y carismas más grandes, además de muchos sufrimientos. Nuestra hermana ha tratado de tener escondidos todos estos dones; sin embargo, hace años algunas personas que vinieron aquí, incluso sin tener ningún don, se presentaron como videntes o afirmando tener locuciones interiores, pero solo eran unos tramposos. Tuve que tratarlos duramente y los eché fuera: no hay misericordia para quien engaña al prójimo. Jesús dijo: *“Al que escandalice a uno de estos pequeños que creen en mí, más le valdría que le ataran una piedra de molino al cuello y fuera tirado al mar. ¡Ay del mundo por los escándalos! Es inevitable que hayan”* (Mt 18,6-7), el escándalo es tremendo. Algunos de vosotros han creído más a ciertas fábulas que a la verdad. Hoy os estoy cantando las cuarenta y os lo merecéis. A veces habéis creído más a personas falsas antes que a quien os decía la verdad, porque queríais escuchar lo que os convenía. Os han engañado y habéis hecho sufrir al Obispo y a la vidente; esto lo tendréis siempre sobre la conciencia. Yo no lo olvido, no porque no quiera perdonaros, sino para evidenciar todos los errores que hemos hecho como comunidad y de los cuales, sin embargo, nos hemos liberado.

Si en medio de nosotros no hubiese estado la Virgen, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo la mayor parte de vosotros aquí presentes ahora se encontraría en una situación desastrosa, idéntica a la de algunos que se han ido ensuciando el nombre del cielo. Desafortunadamente, se cubren de limo y lodo y apestan tanto que es mejor mantenerse alejado de ellos. Y los pequeños, los sencillos son los que traen la victoria. *“Te bendigo, oh Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has tenido escondidas estas cosas a los sabios y a los entendidos y las has manifestado a los sencillos”* (Mt 11,25) y repito que la que ha vivido del modo más sencillo e infantil ha sido justamente Marisa. No la he oído nunca alardear de un don suyo o contar alguna aventura suya sobrenatural; yo, su padre espiritual, a veces he tenido que obligarla, incluso recientemente, a contar públicamente sus extraordinarias experiencias. Por el contrario, aquí vinieron los que vieron a una mujer vestida de rojo, los que sintieron una cosa, los que otra. ¡Cuántas tonterías se han dicho! Yo siempre he reprochado duramente estas hipocresías. Si fueran instrumentos auténticos, habrían tenido que trabajar en otra parte y no venir aquí a sembrar solo cizaña. He tenido que ser fuerte y duro para salvar la verdad porque vosotros no habéis sido humildes como Marisa sino orgullosos y soberbios como otras personas.

*“Habemus novam Ecclesiam”*, que venga esta nueva Iglesia hecha de pastores honestos, sinceros, justos, puros, generosos, castos, obedientes, equilibrados, sabios y preparados. Y no más ladrones, inmorales, homosexuales, pederastas y demás.

Queridos míos, si no hubiese estado Dios, en este momento, en lugar de oír al Obispo ordenado por Dios, habríais podido escuchar a algún tramposo. Y eh ahí que la muerte del justo se vuelve una victoria de Dios. Él no tiene necesidad de los hombres, pero una vez la Virgen dijo una frase que le impactó a Marisa y también a mí: *“Dios os necesita a los dos”* y entonces le alargó la vida a Marisa veinticuatro horas, con gran disgusto de ella, y ella tendrá que subir a Dios Padre mañana. ¿Sabéis por cuál motivo? Para tratar de convertir hasta el último de esos sacerdotes de los que os he hablado. De esto modo el Obispo ordenado por Dios un mañana podrá contar con algún colaborador más. Y Marisa ha dicho *“Sí”* y yo, en cambio, habría dicho no.

Es muy duro continuar estando, incluso durante veinticuatro horas, en la Tierra en medio de un grandísimo sufrimiento. Ayer fue su cumpleaños y lo celebramos como pudimos. Marisa lo festejó durante todo el día en el martirio y sobre todo por la noche vivió una pasión tremenda; ¡qué hermosa fiesta que le ha reservado Jesús! Pero quién soy yo para juzgarle; podría responderme: *“¿Por qué te lamentas? ¡Estoy preparando a tus colaboradores!”* Jesús prepara unos cuantos menos porque no puedo ver sufrir tanto a Marisa. Ninguno de vosotros ha comprendido el sufrimiento de esta mujer que se mantuvo oculta en todos los sentidos. Ninguno de nosotros sería capaz de soportar ni siquiera un minuto de su enorme sufrimiento que Dios le ha dado durante años, una larga vida de sesenta y siete años.

En el pasado sucedió que Dios anunció el día de la partida de Marisa pero luego lo cambió. Y Marisa se preocupaba de lo que dirían las personas. Yo la tranquilicé diciéndole que no le tiene que importar nada. *“Si creéis bien, sino allí está la puerta, iros y dejadnos en paz”*. Yo hablo claro, no os tengo que dar explicaciones; si Dios no me las da a mí, ¿qué debo deciros a vosotros? Después de todos estos milagros eucarísticos, las curaciones físicas y espirituales que han ocurrido aquí, ¿qué queréis todavía? Hoy decenas de personas aquí presentes estarían en el cementerio si no hubieran recibido gracias. Otro Obispo que os quiere, que os habla a la cara, no le tendréis nunca más, lo echaréis en falta. Todos los demás sacerdotes que se muestran dulces y sonrientes son falsos e hipócritas, no sirven para el bien de la Iglesia.

¿Sabéis cuál ha sido el elogio más hermoso que Jesús me ha hecho? Por su bondad me ha hecho muchos, pero el elogio más hermoso que me ha dirigido ha sido este: *“No has llegado nunca a la dureza y a la severidad con la que yo, Jesucristo, hablé”*. ¿Lo sabíais? Y alguno se ha lamentado de que a veces he sido demasiado severo, pero si tengo que decir la verdad no tengo respetos humanos por nadie ni siquiera por el Papa. No los he tenido con cardenales, obispos y sacerdotes. ¿Os los tendría que tener a vosotros? ¿No queréis venir? Marcharos, esta es mi casa, estoy a cargo aquí y nadie puede discutir. Si no lo hiciese así, pondría a mi sucesor en una tremenda situación.

Durante las vacaciones estivales habéis frito y refrito a aquel pobrecillo de don Ernesto. Uno decía una cosa, otro decía otra y aquel pobrecillo como el asno de Buridano no sabía por dónde ir. El sacerdote es un maestro, a veces incómodo pero leal y nadie puede decir que os he enseñado o dicho algo que no es verdad. Jesús me dijo: *“Estate tranquilo, tienes mucho camino que recorrer antes de llegar a mi severidad”*. La característica más hermosa de Marisa ha sido decirme las cosas a la cara. ¿Cómo creéis que han cambiado nuestros jóvenes? ¿Pensáis que cuando llegaron ya eran santos? ¿Cómo creéis que han cambiado? Con la severidad. ¿Hay alguno entre vosotros jóvenes al que no le haya hecho llorar? Les he hecho llorar a todos: madre mía ¡qué duro soy! No imagináis cuánto amor es esto también y antes de que lloraran, yo estaba destrozado por dentro. Pero ahora, si Dios quiere, puedo irme y dejar la comunidad en buenas manos. Mis jóvenes son mis hijos y tienen la preferencia absoluta sobre todos los demás. ¿He sido claro? También vosotros con los cabellos blancos o con las arrugas, ¿queréis ser mis hijos? ¿Estáis dispuestos a beber el cáliz amargo que beberé y que he bebido? Mirad qué amargo es el cáliz.

Y ahora, como ya os he dicho, la partida de Marisa tiene que ser un elemento de unión. Os lo repito, el que se quiera comprometer que venga, el que no tenga ganas, que se vaya. El que quiera venir aquí para hacer de maestro o maestra, os lo ruego, que no se acerque ni siquiera a la puerta. No es presunción. Dios me ha dado esta tarea, garantizándome que seré ayudado por la Virgen, por San José, por Marisa y por la abuela Yolanda. A vosotros os pido humildad. Basta de quejarse: *“La Virgen una vez dijo esto, pero luego lo contrario”*. Pero ¿quiénes sois vosotros? Una de las cosas que he aprendido de Dios a mi costa es el abandono total a Su voluntad y aun conmigo a veces no era tierno. *“Yo soy Dios y hago lo que quiero, puedo cambiar los programas como quiera. ¿Quién eres tú para imponerte a mí? Nadie”*. Y vosotros os ofendéis si os regaño.

Damos gracias a Dios por habernos dado a Marisa durante tantos años, pero no ha sido apreciada, respetada o considerada por todos: conocidos, parientes y miembros de la comunidad. Yo me he propuesto como su abogado defensor sin mirar a nadie. Cuando el cardenal Ruini dijo que algunos párrocos le habían contado que Marisa tenía problemas psicológicos, yo me levanté, tomé el sobre con el diagnóstico escrito por el profesor Amato, jefe de psiquiatría de la Universidad de Roma y sus colaboradores, y se lo arrojé ante él, respondiendo que demandaría a cualquiera que dijera lo contrario. ¿Lo habríais hecho vosotros? Cuando se trata de defender la verdad yo nunca he retrocedido. He pagado personalmente traiciones y abandonos, pero Marisa y yo podemos decir que nunca hemos traicionado a Dios. Y ahora es justo que la acompañemos en este viaje suyo. Hoy estará todavía entre nosotros. Mañana no sé cuándo será el momento, le deseo que pronto porque está cansada; incluso media hora de más para ella es mucho.

Marisa se ha inmolado de manera particular por su hermano obispo: hemos llegado a ser uno solo. Ella y yo somos más que marido y mujer, hermano y hermana, padre e hija. Han tratado de ensuciar esta unión, pero no han podido, porque la Virgen ha dicho: *“Los lirios incluso sumergidos en el fango permanecen siempre lirios”*. El barro humano nunca nos ha llegado. ¿Sois capaces de amar vosotros? ¿Queréis amar? (Todos responden “sí”). Quiero oír más fuerte vuestra respuesta. (Todos repiten “sí” con más fuerza). Y si me traicionáis ¡os echaré! Recordad este encuentro. Sed santos, o marcharos. No hay medias tintas. Ayer saludasteis a Marisa subiendo a su habitación. Hoy haremos lo mismo. ¡Ay de quién se permita estrecharle la mano! No os hagáis los listillos, hoy hará una breve visita el que no subió ayer. Marisa desea que todos tengáis un recuerdo suyo. Después de su partida, si os lo merecéis, os daré algo más precioso: las vendas empapadas de su sangre durante la pasión.

¡Qué bonito es hablar tan libremente, sin suspicacias y sin inhibiciones!

No sé cuándo será el funeral, mejor dicho, sería mejor llamarlo: *“matrimonio místico”*. Quiero la basílica hermosísima, con flores blancas y celestes, con las banderas que indican los lugares donde ha estado incluso en bilocación, quiero las alfombras más hermosas y el mantel celeste, que es el más hermoso, los vasos sagrados más solemnes y el hábito episcopal más elegante. ¡Será el más hermoso de todos los matrimonios celebrados aquí! Espero que el Señor no me haga esperar mucho antes volverla a ver y si os comportáis bien, si vivís en gracia de Dios, es posible que también vosotros podáis verla junto a la Virgen.

Pues entonces basta con los chismes a la espalda; hablad a la cara, no digáis mentiras, soportaos unos a otros, rezad por la Iglesia, no os sintáis mejores que los demás, aceptar el vivir en último lugar, perdonad a quien incluso voluntariamente os hace sufrir. Os estoy tratando como a niños.

Amad a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu Santo, a la Virgen y a San José porque esta es la familia de Marisa y mía. Es inútil que lloréis ahora, llorad después. Tenéis que cambiar el corazón. Es inútil que os lamentéis: *“Yo trabajo más que los otros, yo hago esto y aquello”*. Si os interesa tanto, acercaos al interesado y pedidle que colabore más. Todos tenéis que trabajar por la casa de Dios, según vuestras posibilidades y si no podéis planchar, cosed; si no podéis fregar el suelo, quitad el polvo. Todos tenéis que contribuir. Si alguien simplemente no puede hacerlo, lo llevaremos al hospital. Estoy bromeando, es agradable hablar así.

Acabada la Santa Misa, quiero que todos mis jóvenes me acompañen a la sacristía donde os tengo que hablar. Dad la máxima colaboración con alegría y con disponibilidad. Quiero que el día del "matrimonio místico" sea el más hermoso, el más solemne de todos los días que hemos vivido. ¿Puedo contar con vosotros? (Todos responden "sí") ¿Puedo contar? (todos responde "sí". ¿Hay alguno que se vuelva atrás? (Todos responden "no")

Amaos, quereos.

Vivid en la espera de reuniros con vuestra hermana, cuando Dios lo quiera, en el Paraíso. Yo he pedido a Dios que me llevase con ella, porque yo también estoy cansado de vivir, pero Dios me ha confiado la misión de arreglar la Iglesia. Y creedme, es duro, quizás más duro que morir; mejor dicho, morir es una ganancia, vivir es una pérdida.

Os quiero y espero que me queráis.

Dicho esto, solo nos queda retomar la Santa Misa.

Alabado sea Jesucristo.

---

*Movimento Impegno e Testimonianza "Madre dell'Eucaristia"*

*Via delle Benedettine, 91 - 00135 Roma, Italia*

*Tel. +39.06.33.80.587*

*Internet <http://www.madredelleucaristia.it>*

*Facebook: <https://it-it.facebook.com/MIT-Madre-dellEucaristia-135976513124957/>*

*E-mail: [mov.imp.test@madredelleucaristia.it](mailto:mov.imp.test@madredelleucaristia.it)*

